**Domingo VI de Pascua
Ciclo C**

22 de mayo de 2022
Hech 15, 1-2.22-29
Sal 66
Ap 21, 10-14.22-23
Jn 14, 23-29
*P. Eduardo Suanzes, msps*

En la segunda lectura del Apocalipsis de Juan este nos descubre en este día su visión de la nueva Jerusalén. Tenemos que decir, antes que nada, que tendemos, por el mismo lenguaje que se utiliza en este libro, a pensar en manifestaciones espectaculares y estrambóticas, gigantescas y descomunales; a veces tenebrosas y llenas de peligros; otras tan extrañas que es imposible relacionarlas con nuestra vida. Y uno puede decir: “Madre mía, ¿y esto es Palabra de Dios?”.

Si uno se pasea por Internet, por ejemplo, y simplemente escribe en el buscador la palabra *Apocalipsis*, o *nueva Jerusalén*, o *Cordero degollado...,* la cantidad de tonterías que se nos presentan es de llamar la atención. ¡Cuánta estupidez! ¡Cuántas desviaciones!...Cuántos interpretan al pie de la letra este lenguaje oriental, este género literario tan particular, que ya se utilizaba en Oriente algunos cientos de años antes de que Jesús naciera. El error se da cuando uno se enfrenta al Apocalipsis, a trasladar ese lenguaje y ese género literario del Oriente de hace 2400 años a nuestra mentalidad occidental del Siglo XXI, sin más. Lo que sale es una aberración.

El lenguaje apocalíptico, que ya se utilizaba en la antigua Babilonia, del que, por ejemplo, el profeta Daniel echa mano, y que también utiliza el evangelista Juan en su libro del Apocalipsis, allá a finales del siglo I de nuestra era, es un género literario que se vale de un lenguaje muy particular para describir realidades que son espectaculares, grandiosas, sí, pero muy íntimas y silenciosas. Juan echa mano de este recurso para instruirnos de cómo es la acción de Dios en la historia y en nosotros mismos; pero por ser acción de Dios la premisa fundamental es que aquí estamos hablando de ***misericordia y ternura infinitas para con toda la humanidad, en general, y para contigo mismo, en particular***. Todo se ha de filtrar a partir de esta premisa. Una interpretación fuera de este axioma fundamental resultará errónea, desviada y fatal.

Hoy, como decimos, Juan tiene una visión muy particular: la nueva Jerusalén; y la describe deslumbrantemente para llamar la atención de nuestro espíritu, para atraer la atención del oriental de hace 2000 años. En definitiva con todos esos símbolos de que esa ciudad descansa doce cimientos con los nombres de los doce apóstoles y que sus doce descomunales puertas tienen los nombres de las doce tribus de Israel, lo único que está diciendo es que la ciudad está fundamentada en la Palabra de Dios, en las Sagradas Escrituras; que en esta ciudad se da la revelación final y definitiva que comenzó desde sus primeros versículos, desde el mismo instante de la creación, cuando el Espíritu Creador de Dios revoloteaba sobre al caos. Y la revelación es que esta ciudad es morada luminosa de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que esta ciudad es el culmen de la creación. Que esta nueva Jerusalén eres tú mismo; que Dios te ha escogido, desde toda la eternidad, para morar en ti como en su casa, para siempre. Que ya no habrá, ni necesitarás jamás, luz de lámpara o de sol, porque el Señor tu Dios habita en el centro de ti, y que esta morada está encendida, desde ese mismo centro, con el fuego luminoso del que se definió como la misma Luz: Cristo Jesús, el Cordero de Dios. Por fin, se ha separado la luz de las tinieblas. La creación definitiva se realiza en ti al acoger en tu interior a Cristo Jesús. Te has convertido en Templo de Dios, en el Templo del Espíritu Creador. Ya no hay nada más que revelar: todo se ha consumado, efectivamente, con la muerte de Jesús en la cruz.

Me llama la atención cómo en Internet se pinta esta ciudad; es para morirse de risa; porque lo único que habría que pintar es a una viejecita en el silencio y secreto de su cuarto, o en el rincón oculto de una capilla delante de la eucaristía, arrodillada con toda su alma puesta en Dios. Esa es la nueva Jerusalén, esa es la morada luminosa de Dios entre los hombres.

Es el mismo Juan quien en el evangelio nos da la clave de interpretación: «—si me amas cumplirás mi mandamiento, que es el amar como yo te amo; entonces mi Padre y yo vendremos a ti y haremos en ti nuestra morada. El Espíritu Santo, el Creador, te guiará y te instruirá en el camino a seguir para amar como yo te amo y convertirte así en nuestra morada. Él traerá a tu corazón todas las palabras que yo he dicho para que te sumerjas en ellas, que son Vida. Serás el oasis de la Trinidad y vivirás en una paz inimaginable, porque tú estás acostumbrado a la paz que da el mundo que te da *seguridades* pidiéndote algo a cambio y luego, por otra parte, te lo quita. No, mi paz es gratuita, siempre creciente que no parará en su crecimiento, ni siquiera en la eternidad».

Cuenta una vieja historia de la Biblia que una noche el patriarca Jacob se echó a dormir en medio del campo; iba huyendo de la persecución de su hermano Esaú, y Jacob, que se pasaba la vida escapando, casi sólo cuando era de noche y se echaba a dormir, dejaba a Dios que lo alcanzara. Aquella noche soñó con una escalera que, plantada en la tierra, llegaba hasta el cielo y por la que subían y bajaban ángeles. Jacob se despertó lleno de estupor y llamó a aquel lugar “*morada de Dios*” (Gen 28,10-22)

Al releer hoy esa historia podemos quedarnos tan estupefactos como Jacob ante la noticia que la narración nos comunica: el mundo de Dios y el nuestro están en contacto, la escalera de la comunicación con Él está siempre a nuestro alcance, existen caminos de acceso a Dios y posibilidad de escucharle, encontrarlo y acoger sus visitas. Se nos dice, que esa escalera ahora está en nuestro corazón y que siempre será posible, no sólo estar en contacto con Él, sino que Él habite en ti como en Su casa[[1]](#footnote-1)

Jesús promete por primera vez al Espíritu Santo y lo define como enemigo de mediocridades y medianías, como contrario a componendas y acomodos. El Espíritu Santo viene porque es prometido por Jesús y es enviado por el Padre; pero viene y recordará todas las palabras de Jesús y para llevarnos a una vida plena y generosa. Al instalarse en nuestro corazón, al transformar nuestro ser en morada de Dios, creará en nosotros la capacidad de dar la vida por Jesús y por el evangelio. Esta primera promesa del Espíritu revela el nuevo modo de la presencia de Jesús con los suyos. No los va a dejar huérfanos. El Espíritu viene para unir y fortalecer la comunidad, que a su vez se convertirá en morada y presencia de Dios. Éste es un primer paso para prepararla para su lucha contra el mundo y lo mundano, en la que el Espíritu jugará un papel clave[[2]](#footnote-2).

 Al convertirnos en morada de Dios, por el Espíritu Santo Creador, nosotros mismos nos convertimos en agentes creadores bajo la acción de Su impulso, en colaboradores de Dios; y de repente nos damos cuenta de que se trata de dar frutos abundantes, de ser creadores de sociedades nuevas y vivas con el espíritu de las bienaventuranzas. Nos damos cuenta que el conformismo y la vida espiritual de “mínimos” no vienen del Espíritu, porque por Él pasan las valentías, las entregas generosas, la lucha denodada por la justicia y la fraternidad[[3]](#footnote-3).

 «Somos discípulos de un crucificado y no podemos dulcificar, minimizar y reducir el mensaje de vida y de salvación. Es verdad que el crucificado resucitó, pero también nosotros, que resucitaremos con él, tenemos que asumir la cruz redentora de Jesús. Se trata de un vivir apasionado en donde, hasta el absurdo dolor y la terrible injusticia, pueden transformarse en generadoras de vida nueva. El mensaje de la cruz no es un mensaje de dolor, es un mensaje de pasión y entrega. Por eso necesitamos al Espíritu Santo, por eso nos necesitamos unos a otros creando comunidades sanas y fuertes, con relaciones fraternas de perdón e impulsos de vida nueva»[[4]](#footnote-4)

1. Cfr. Dolores Aleixandre, *La Palabra de Dios ¿es para nosotros?* [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Sergio García Guerrero, msps. *6 Domingo de Pascua: 1 de mayo 2016.* Mérida, Yuc. [↑](#footnote-ref-2)
3. *Ibid.* [↑](#footnote-ref-3)
4. *Ibid.* [↑](#footnote-ref-4)